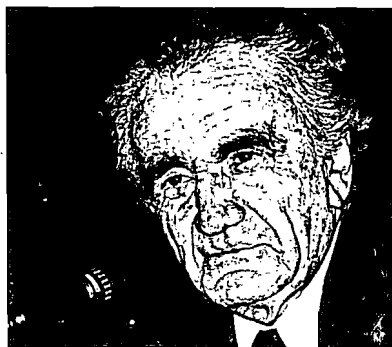


## «PROBLEMAS DEL BILINGÜISMO»

■ Conferencias del catedrático de Psicología Miguel Siguán

«España constituye una pluralidad lingüística que, a pesar de los conflictos y tensiones que ello conlleva, hay que aceptar como una realidad enriquecedora. Existen hoy, por primera vez, unos textos constitucionales en los que se afirma esa pluralidad de lenguas en nuestro país y, en la práctica, unos gobiernos autónomos que confieren a esas lenguas un carácter de oficialidad. En general, el proceso de aceptación de tal pluralidad se está llevando a cabo en nuestro país con gran serenidad y sentido común». Así juzga el panorama actual de la política lingüística española Miguel Siguán, catedrático de Psicología de la Universidad de Barcelona, que impartió en la Fundación Juan March un ciclo de conferencias sobre «El bilingüismo», del 24 de noviembre al 3 de diciembre pasados.

Ofrecemos seguidamente un resumen del mismo, en el que el profesor Siguán analizó el bilingüismo como hecho individual y social y comentó algunos de los problemas que plantea la existencia de una pluralidad de lenguas.



MIGUEL SIGUAN, barcelonés, tras haber sido catedrático de Filosofía en Santander, se dedicó a la Psicología Experimental. En 1962 es nombrado catedrático de Psicología de la Universidad de Barcelona, puesto que sigue ocupando en la actualidad. Desde entonces se dedica preferentemente a la sociolingüística, al lenguaje infantil y a los problemas del bilingüismo, además de cuestiones de política educativa como Director del Instituto de Ciencias de la Educación.

### EL BILINGÜISMO COMO PROCESO PSICOLÓGICO

Llamamos bilingüe al individuo que conoce a fondo dos lenguas y es capaz de utilizarlas en cualquier ocasión y con parecida eficacia. Por supuesto, esto es una definición ideal; en la práctica lo que encontramos son individuos más o menos bilingües. Pero en todo caso, lo que caracteriza al bilingüe es el hecho de poseer dos sistemas lingüísticos distintos y, sobre todo, el hecho de mantenerlos separados y al mismo tiempo poder pasar de uno a otro con relativa facilidad.

La experiencia demuestra que un niño que desde la primera infancia entra en contacto con dos lenguas distintas aprende a hablar en las dos

a la vez y se convierte desde muy pronto en bilingüe, aunque con un cierto *décalage* temporal. El aprendizaje simultáneo de dos lenguas por el niño resulta más fácil si cada lengua está claramente adscrita a una persona o a unas situaciones.

El bilingüismo tendrá efectos positivos o negativos sobre el desarrollo del niño, según el tipo de pedagogía utilizada; pedagogía que, una vez salga aquél del ambiente familiar, dependerá del sistema educativo y de la situación lingüística de la sociedad exterior.

La existencia de personas capaces de hablar y de pensar en dos o más lenguas es algo a primera vista tan sorprendente que parece que fuera obligado tema de estudio de los psicólogos; sin embargo, sólo muy recientemente ha empezado la psicología

gia experimental a ocuparse del tema. En nuestro tiempo hay una clara tendencia a identificar pensamiento y lenguaje, a creer, por tanto, que las estructuras del lenguaje son las estructuras del pensamiento y que entendemos la realidad en función de ellas. En mi opinión, la existencia del bilingüe capaz de sostener un mismo razonamiento en dos lenguas distintas, o de comenzar en una lengua y continuarlo en otra, debería bastar para demostrar que no es lícito confundir la actividad intelectual con su expresión lingüística. En realidad no podemos decidir si, cuando el bilingüe piensa en una lengua y luego en otra, se trata de dos procesos de pensamiento distintos o de un mismo proceso vertido en lenguas distintas.

Algo parecido puede decirse respecto a la personalidad, ya que ésta se constituye —el yo se hace consciente— en el marco de unas relaciones personales que en buena parte se establecen en forma verbal.

Muchos individuos bilingües tienen una lengua principal claramente definida, aprendida en la infancia y en la que mantienen sus relaciones personales principales. Aunque también los hay capaces de mantener relaciones personales profundas y auténticas con diferentes personas en distintas lenguas; si bien ello acaba por influir en la intimidad. Pero un niño que por razones familiares o cualquier otro motivo cambia totalmente de ambiente lingüístico, cambia de lengua principal y puede incluso llegar a olvidar su lengua materna con una facilidad sorprendente. O sea, que no es cierto que la base lingüística de la identidad personal a lo largo de la vida sea necesariamente lo que suele llamarse «lengua materna». Por muy profundamente enraizada que esté la identidad personal en su expresión lingüística, la unidad de la persona no se confunde con ella.

Así pues, no es forzoso que el bilingüismo implique una división de la personalidad —una esquizofrenia—; se puede ser plenamente bilingüe y perfectamente equilibrado. Pero, eso sí, nunca las dos lenguas afectarán de la misma manera los distintos estratos de la personalidad. Y los conflictos íntimos son posibles e incluso frecuentes. Hay que tener en cuenta, además, que el bilingüismo es, ante todo, un hecho social. Se llega a ser bilingüe porque se crece o se vive en un medio social en el que coexisten dos lenguas, y

tal coexistencia tiene variedad de formas.

---

## LENGUA, CULTURA Y NACION

---

La coexistencia de dos o más lenguas en una misma sociedad puede presentarse de muchas maneras y tener orígenes muy diversos. Así, puede tratarse de coexistencia de lenguas con funciones totalmente distintas (como el caso de Indochina, donde existían tres: la de la población, la del rey y la administración, y la religiosa); puede ser el resultado de la expansión de un pueblo que impone su lengua, como era el caso del latín en el Imperio Romano, o del español con la conquista de América; o por unificación política, que trae consigo la unificación lingüística. Otra causa es la emigración, fenómeno actualmente muy importante en Europa. Es éste un proceso en el que la lengua que llega de fuera no posee ningún peso político. Hay también sistemas bilingües por cosmopolitismo, y la coexistencia de varias lenguas no tiene por qué presuponer presión política ni dominio de ninguna de ellas. Desde la prehistoria, en todos los puertos del Mediterráneo se hablaba una lengua franca que facilitaba el comercio y en la que todos se entendían. Hoy el turismo y las comunicaciones internacionales, además de las relaciones comerciales, han producido una situación cosmopolita, y el inglés se ha convertido en lengua de comunicación internacional.

Dentro de estos tipos generales, las situaciones concretas difieren por muchos motivos, tales como el número de hablantes de cada lengua y el porcentaje de bilingües de cada grupo, en los que influye, a su vez, el nivel de desarrollo económico y la estructuración social del territorio. Así, por ejemplo, en Cataluña, con un importante desarrollo industrial, la situación de bilingüismo es muy diferente a la de Galicia, con un evidente predominio rural. Otros factores que inciden en esta diversidad de situaciones son el nivel de tradición cultural y el grado de normalización de la lengua minoritaria, es decir, que ésta tenga una gramática y vocabulario aceptados; la distancia lingüística entre las lenguas en contacto, y también factores políticos y sociales como la fuerza política de cada grupo lingüístico, conciencia política, nivel de desarrollo socio-cultural de esa comunidad, etc.

Así, por ejemplo, el grado de similitud entre dos lenguas en coexistencia —la distancia lingüística— es mucho mayor entre el catalán (o el gallego) y el castellano que entre éste y el euskera. Y pensemos, finalmente, en el caso de que una lengua que es minoritaria en un territorio, sea mayoritaria para otros, como ocurre con el castellano en Nueva York, hablado por los puertorriqueños, y cuya suerte sería muy distinta si sólo fuera la lengua de los puertorriqueños.

El pensamiento europeo ha distinguido tradicionalmente entre el lenguaje como estructura cultural y la jerga de los bárbaros. De este modo el lenguaje civilizado fue primero

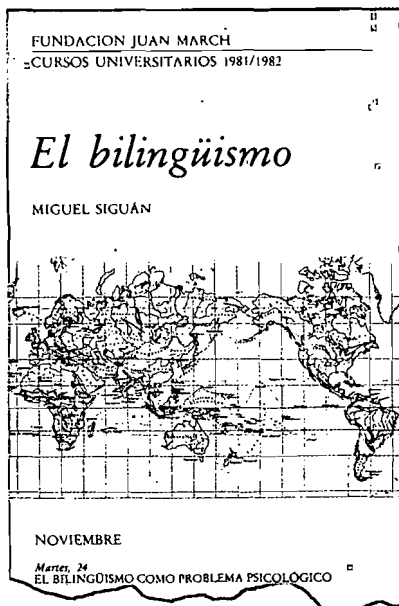
ser único y también lo será su lengua. Hablar ésta es signo de pertenencia a la nación y de fidelidad al Estado.

Así se constituye en el siglo XIX la teoría romántica de la nación a partir de la identificación de comunidad étnica-comunidad lingüística, cultura-nación-Estado. En nombre de esta teoría los estados constituidos imponen la unificación lingüística: Francia, Inglaterra, Alemania, Italia; y en nombre de esa misma teoría las minorías lingüísticas y culturales proclaman su carácter nacional y su derecho a constituirse en estados. Y esto ocurre no sólo en el occidente europeo, en los casos que nos son tan familiares, sino también en el Imperio Austro-húngaro, en el ruso (ucranianos, georgianos, etc.), en los dominios turcos en Europa (croatas, serbios, etc.). La liquidación de la guerra del 14 resolvió algunas de estas situaciones, pero quedaron otras y se han producido nuevos conflictos que hoy son muy agudos.

Vivimos actualmente una época de exacerbaciones nacionalistas en todos sentidos. Dado que existen lenguas minoritarias y culturas que las acompañan, es innegable su pleno derecho a existir y a seguir manteniéndose; pero, por otra parte, no hemos de olvidar que el nacionalismo «a palo seco» ha sido el causante del suicidio de Europa; y recordar también que la relación entre lengua y cultura es ambigua y, sobre todo, que la relación de lengua y nacionalidad no es unívoca. Hay naciones y estados con la misma lengua; hay estados plurilingüísticos y es difícil decidir el momento en que una variedad lingüística se convierte en lengua y cuándo una minoría lingüística es viable como Estado.

En consecuencia, hay que afirmar el derecho de las lenguas y culturas a existir y a mantenerse; y la necesidad de encontrar fórmulas políticas de coexistencia lingüística y cultural en el seno de estados plurilingües o en el seno de organizaciones plurietnatales. Son poquísimos los estados propiamente unilingües. La historia de la humanidad ha sido en gran parte una historia de la coexistencia de lenguas.

Nuestra historia lingüística comienza con las lenguas que se hablaban en la Península a la llegada a ésta de los romanos: la de los pueblos céltas e iberos y la de un grupo lingüístico distinto, el euskera. Con la colonización romana se adopta su len-



el griego, luego el latín y posteriormente las lenguas neorrománicas. En los siglos XVII y XVIII empieza el interés hacia las lenguas exóticas y sus culturas, interés que culminará, en el siglo XIX, en una visión pluralista e historicista de la humanidad: se piensa que cada cultura se expresa de diferente manera y que cada lengua es expresión de una cultura; y ésta, a su vez, es resultado de la historia de un pueblo. También a partir del siglo XVII se constituyen los estados modernos, y la Revolución Francesa da a este proceso un fundamento racional: el pueblo se manifiesta en la *nación*, cuya expresión política es el Estado. Este, fuente de toda legalidad, ha de

gua, el latín, prácticamente en todo el Imperio, aunque con dos modalidades —el culto (escrito) y el vulgar—, diferenciado éste segundo según los distintos territorios. Con la desintegración del Imperio los visigodos adoptarán el latín.

---

## PLURALIDAD DE LENGUAS EN ESPAÑA

---

En España durante varios siglos coexistieron el latín de los visigodos y el árabe, al tiempo que en el norte de la Península, en una pequeña franja, empezaron a desarrollarse unas lenguas que más tarde cristalizarían en distintos núcleos: el galaico, en el extremo occidental; el leonés, el castellano, el aragonés y el catalán. A partir del siglo X estos diferentes núcleos van expandiéndose hacia el sur y hacia los lados.

El galaico no constituye una unidad política importante; hay una pugna entre el asturiano-leonés y el castellano, resuelta a favor del último; el aragonés se expande, pero también vencerá el castellano; y progresa el catalán. En el siglo XII las lenguas están ya cristalizadas y en el XIII se da un florecimiento del castellano y del catalán (Lull, las grandes crónicas).

El castellano progresa paralelamente a la expansión de Castilla con la conquista de Granada, último reducto de los árabes, y con la colonización de América. El catalán empieza a perder peso a partir del Compromiso de Caspe. Al unirse las Coronas de Castilla y Aragón en el siglo XV y producirse la incorporación de Navarra, España se constituye en un cuerpo unitario y comienza la segunda parte de esta historia lingüística: el progresivo establecimiento del castellano como lengua del Estado español, como lengua de poder y de prestigio. Se inicia así una situación que hoy llamamos diglósica (coexistencia de dos lenguas, una de ellas la de prestigio, aunque sea minoritaria, frente a la otra, popular).

Ese proceso continúa a lo largo de los siglos XVI y XVII y con la llegada de los Borbones, que traen el modelo de estado francés muy centralizado y unificado, el castellano será no ya sólo la lengua oficial sino que se impondrá su uso en toda España, asumiendo el uso de otras lenguas un papel de resistencia. Esta

presión por hacer del castellano la única lengua de España aumenta a lo largo del siglo XVIII y comienzos del XIX, debido a la gran importancia que adquiere la instrucción pública, con lo que se acentúa la situación diglósica.

A mediados del XIX, con el resurgimiento del nacionalismo en Europa, esas lenguas minoritarias, cuyo futuro aparecía ya como condenado cobran fuerza y empiezan a ser usadas en la literatura. Se produce así el renacimiento de las culturas catalana, gallega y vasca, siendo el más importante el catalán, por contar esta lengua con una mayor tradición cultural. En Galicia el renacimiento será sobre todo lírico, y literariamente pobre en Euskadi. Además, este proceso de renovación literaria y cultural, de redescubrimiento colectivo y, por tanto, político, se produce en una época en la que aparece la industrialización y los procesos sociales que ésta conlleva, y que entra en España por Cataluña.

En Cataluña, en el siglo XVIII, empieza un fuerte despegue económico y la clase burguesa de comerciantes e industriales descubre que sus intereses no coinciden con los de la oligarquía dominante en España. Viene así la batalla del proteccionismo y el acercamiento de la burguesía a las tesis del catalanismo, lo que le permite ser a la vez conservadora y avanzada. Este proceso culmina con la normalización de la lengua, con la edición de un diccionario y de una gramática que confieren un carácter unitario a esa lengua.

En Euskadi, si bien hubo un proceso de industrialización, no existía esa estrecha relación entre la burguesía y la lengua. A fines del siglo XIX, la clase media vasca no asume el euskera y, aunque hubo grupos nacionalistas fuertes, no se dio un proceso importante de expansión lingüística (a diferencia de lo que ocurre hoy). En cuanto a Galicia, no hubo allí revolución industrial y siguió siendo un país agrícola y pobre. Apenas incidió la defensa del gallego por parte de algunos intelectuales. El gallego era la lengua del campesino y, para ascender, había que hablar castellano.

En Valencia apenas hubo movimiento de renovación literaria apoyado en la lengua: el valencianismo de un Blasco Ibáñez se expresó en castellano, pero en la Convención de

Sagunto se aceptaron las normas lingüísticas del catalán. A la inversa, en Baleares, con una sociedad conservadora, se produjo un importante movimiento literario, pero no se tradujo en una toma de conciencia política.

Al finalizar la guerra civil el uso de otras lenguas distintas al castellano es visto como un atentado a la unidad de España y se prohíbe. Sin embargo, no parece que disminuyera la proporción de familias que hablasen en su lengua a sus hijos. Con el tiempo reapareció el empleo literario de esas lenguas y se fueron incorporando progresivamente a la educación pública.

Veamos ahora la situación actual. ¿Cómo se presenta esa pluralidad lingüística en los distintos territorios? Existen, por primera vez, unos textos constitucionales en los que se afirma la pluralidad de lenguas en España y, en la práctica, gobiernos autónomos que dan a esas lenguas un carácter de oficialidad.

Incluso en Cataluña, sin embargo, el peso del castellano en la vida pública sigue siendo muy fuerte. No hay que olvidar que el proceso de industrialización y de desarrollo económico catalán conllevó la inmigración de muchos trabajadores procedentes, sobre todo, del sur. Cerca del 50 por 100 de los habitantes de Cataluña actualmente han nacido fuera de ella, y de ellos, buena parte tienen el castellano como lengua materna. Digamos que es ése un caso de diglosia cruzada: el castellano es la lengua de prestigio, y sin embargo, para el emigrante, es la lengua de los pobres.

Yo diría, de acuerdo con Vallverdú —aunque no existen datos oficiales fiables— que en Cataluña no hay prácticamente monolingües catalanes y sí, en cambio, una cierta cantidad —un 20 por 100— de monolingües castellanos. Esto implica, bien una emigración reciente o bien que estos últimos viven en un ambiente en el que no oyen catalán o han decidido no entenderlo. Hay un 40 por 100 de bilingües diglósicos de lengua materna castellana o de lengua materna catalana con un mínimo conocimiento del catalán; un 25 por 100 de casi bilingües funcionales, es decir, de individuos que, independientemente de su lengua materna, pueden escribir y hablar las dos lenguas, aunque en la práctica lo hagan en castellano; y un 15 por 100 de verdaderos bilingües funcio-

nales. Con respecto al futuro, no parece que el número de catalanohablantes vaya a disminuir, aunque ya he dicho que la presencia pública del castellano sigue siendo muy fuerte. La introducción del catalán en la enseñanza está produciendo dos tipos de escuelas: escuelas con enseñanza *en* castellano y enseñanza del catalán, y escuelas con enseñanza *en* catalán y enseñanza *del* castellano. Estas segundas no representan en este momento la cuarta parte del total.

En Euskadi, a diferencia de Cataluña, la lengua quedó reducida a pequeños grupos. Cuando los vascos montaron el sistema de las *ikastolas* desde el nivel pre-escolar, ocurrió que buena parte de estos alumnos pertenecían a familias en las que no se hablaba vasco sino castellano. En cualquier caso, en Euskadi el número de maestros capaces de enseñar su lengua es mucho menor que en Cataluña. Además, mientras el catalán y el gallego son muy parecidos al castellano por ser lenguas románicas, el euskera no tiene nada que ver con él. Aunque es difícil hacer pronósticos, la clave del futuro de la lengua vasca dependerá de que las personas que la aprenden se sientan lo bastante identificadas con la lengua como para enseñarla a sus hijos.

En cuanto al caso del gallego, se da una situación de clara diglosia hasta 1970, fecha en que los universitarios de Santiago reivindican el gallego como lengua del pueblo. Hoy se ha convertido en lengua mayoritaria en la Universidad, pero mientras Galicia no salga de su situación de subdesarrollo y la emigración siga siendo la salida natural, no se llegará a considerar prestigioso hablar en gallego. En Valencia existe hoy una cierta conciencia lingüística, a diferencia del pasado, aunque la política lingüística educativa ha quedado bloqueada; y en el caso de Baleares, los problemas se centran más en la insularidad y la relación entre las diversas islas que en el uso cultural de la lengua, que nadie discute que es una variedad del catalán.

En cualquier caso, toda política lingüística habrá de tener en cuenta la existencia de una pluralidad de lenguas en España. El proceso de adaptación a esta pluralidad se está llevando a cabo con un gran sentido común y el ejemplo que España está dando en este punto puede ser

un ejemplo para otros estados europeos.

## **PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS EN LA CONSTRUCCION DE EUROPA**

Es fácil observar sobre el mapa de Europa que la línea que separa las lenguas neolatinas de las germánicas sigue, aproximadamente, los límites del antiguo imperio romano. Sin embargo, incluso en los territorios de Europa que no fueron colonizados por los romanos, el latín fue durante la Edad Media la lengua de la religión, de la administración y del derecho y la lengua de la cultura en todas sus formas; la lengua, por tanto, en la que se forjó lo que llamamos Europa. Esta comunidad lingüística sobrevivió a la aparición de las nuevas lenguas y se mantuvo viva hasta bien entrada la Edad Moderna.

Lo que caracteriza a la historia moderna de Europa es la constitución de las lenguas y de los estados nacionales y la identificación entre lengua y nacionalidad. De acuerdo con esta identificación cada estado ha desarrollado su propia política. El caso de Francia, con la unificación, normalización y exaltación de la lengua francesa, sirve de modelo más característico de política nacionalista. Y de la misma manera que los nacionalismos estatales fueron alimentando las sucesivas guerras entre naciones, las políticas lingüísticas nacionalistas han provocado abundantes tensiones y conflictos que distan hoy de estar sofocados.

Tales problemas toman en primer lugar la forma de conflictos entre lenguas estatales y lenguas minoritarias. Encontramos ejemplos de éstos, resueltos con mayor o menor fortuna, en la mayoría de los estados europeos: en Francia, con los empeños por recuperar la lengua occitana, el bretón (unido a movimientos más o menos autonomistas), o las lenguas de Alsacia y Lorena, donde se hablan dialectos alemanes. En general, hay una mayor tolerancia. En Inglaterra, ha desaparecido la prohibición de las lenguas galesas, aunque son usadas por una población reducida y en situación de subdesarrollo. En Irlanda, con lengua propia reivindicada por los nacionalistas, ésta se confinó en lengua rural. Al independizarse se estableció la enseñanza del irlandés, aunque en la práctica se ha generalizado el inglés, si bien hoy se está perfilando un esfuerzo por la recuperación de aquél.

En Italia, país con una gran variedad dialectal, se ha establecido una enseñanza bilingüe en algunas regiones del norte (Aosta, Brennero). Bélgica es un estado teóricamente unitario que, sin embargo, hoy está muy cerca de ser federal: en una parte se habla el vallón (lengua neolatina) y en Flandes el flamenco (lengua germánica). Existe una separación clara entre los dos territorios, aunque Bruselas sea bilingüe.

La URSS es un verdadero mosaico de nacionalidades y lenguas y en ella la política mantenida ha sido de defensa real del mantenimiento de todas ellas. Así coexisten libros y periódicos en dos lenguas y existen centros de enseñanza bilingüe. Constituye un ejemplo de planificación lingüística como probablemente no hay otro en Europa.

A modo de conclusión, cabe decir que una política exclusivamente basada en la imposición de la lengua estatal no es viable. Aunque estamos en un momento de graves problemas lingüísticos, acentuados por las emigraciones y por la existencia de minorías marginadas por razones sociales y lingüísticas (pensemos en la dificultad de una política capaz de absorber a niños de treinta lenguas distintas), no hay duda de que el programa lingüístico de Europa sólo puede ser un pluralismo generalizado, por complicado que resulte organizarlo.

Por otro lado, por encima de los problemas particulares hay que pensar también en la necesidad de una lengua común de comunicación. El papel que un día jugó el latín como lengua común de cultura sería el modelo ideal para una Europa unida, pero es evidente que no es posible resucitar el latín ni tampoco su función. Ahora bien, tampoco parece lógico aceptar, sin más, su sustitución por el inglés. Este es en este momento la lengua de una potencia extra-europea y se está convirtiendo en una lengua de comunicación a nivel mundial.

¿Cuál puede ser la política europea en el aspecto lingüístico? Han empezado a aparecer «escuelas europeas» en las que se enseñan dos o tres lenguas, de modo que se llega a ser trilingüe. Dado que no hay posibilidad de unificar lingüísticamente Europa, aceptemos esa fragmentación lingüística que constituye, a la vez, nuestra debilidad y nuestra fuerza; y defendamos la herencia de esa riqueza lingüística y cultural frente a un mundo monocolor.